

quien le unian lazos más estrechos de parentesco. Dirigían la guerra dos jefes; dos maestros las ceremonias del templo; dos funcionarios los tratados de paz y guerra, y cuatro las fiestas públicas; el Gran Sol nombraba todos los empleados. Aun cuando estaba permitida la poligamia entre los natchez, no tenían por lo común más que una mujer, la cual se prestaban en muchas ocasiones. Una joven noble podía casarse con un hombre de baja esfera, que continuaba siendo tratado como siervo, á no ser que mandase á los otros y dejase de trabajar. Debía mantenerse en pie delante de su mujer, que podía tener amantes á su antojo, despedirlo para casarse con otro, ó condenarlo á muerte si era infiel. Los natchez celebraban á principios de julio una solemnidad que duraba dos días, la cual presidía el Gran Sol con su mujer, terminada la cual, exhortaba á sus súbditos al cumplimiento de sus deberes, á venerar los espíritus y á educar bien á sus hijos. Las recolecciones se hacían en común, y se depositaban las primicias en el templo.

Las primeras tentativas de los franceses para someter la Luisiana habían tenido mal éxito, cuando Iverville, natural del Canadá y hombre de grande arrojo, fué á Francia y obtuvo algunos buques, con los cuales penetró en el Mississippi, después de haber encontrado su verdadera embocadura y reconocido los salvajes que habitaban en sus orillas. Pero en lugar de elegir fértiles llanuras para establecer la colonia, prefirió el Biloxi, costa despoblada donde se instaló, en una isla inculta y desierta, que recibió fastuosamente el nombre de Delina. Pero los ingleses pretendían haber descubierto el país medio siglo antes, trataron de expulsar á los franceses que se vieron obligados á fortificarse en sus posiciones. El rey Guillermo quiso trasladar á este país los refugiados franceses de la Carolina, mientras que Luis XIV, siguiendo su política intolerante, había excluido de la Luisiana á los protestantes. También los españoles trataron de tomar posesión, pero los franceses se mantuvieron firmes, á pesar del mal que les causaron los corsarios ingleses, y aun cuando no contaban en la colonia más que veinte y ocho familias francesas, veinte negras y trescientas cabezas de ganado, ni hacían más comercio que el de maderas y pieles. Entonces solicitó un especulador llamado Antonio Crozat, el privilegio comercial de la Luisiana, que obtuvo por diez y seis años, con la propiedad perpétua de las minas que en él descubriese. Este llevó muy lejos sus reconocimientos, extendió las relaciones de la colonia y trasportó á ella muchos esclavos de Guinea, pero no tardó en restituir el privilegio de que se le había investido.

Pareció que se habían de improvisar brillantes fortunas en la Luisiana, cuando el célebre economista Law tomó por base de su sistema rentístico una especulación que tenía por objeto trabajar las tierras y explotar las minas de este país que, según él, eran muy abundantes. Vióse entonces á los fran-

ceses con esa pasión con que adoptan todo lo que es negocio de moda, arrojarse á porfía sobre las acciones de la nueva compañía, llevando en tropel no sólo su dinero contante, sino también sus alhajas y vajillas para cambiarlas por billetes del banco de Law. Se apresuraron á marchar á la Luisiana una multitud de artesanos y especuladores, pero muchos de ellos perecieron allí, y los demás volvieron desengañados y llenos de deudas.

La compañía procuró mantenerse á pesar de sus reveses demasiado bien conocidos, pero trató á los natchez con tanto rigor, que tramaron una conjuración para matar á todos los franceses. La falta de unión les impidió insurreccionarse todos á la vez, y los franceses pudieron vengarse de esta tentativa. Continuó Perrier haciéndoles la guerra, y prendió al Gran Sol enviándolo prisionero á Nueva Orleans con otros muchos jefes. Los débiles restos de esta nación se incorporaron con los chicacos, contra quienes dirigieron también sus armas los franceses, hasta que los obligaron á retroceder y á pedir la paz. Principió desde entonces á florecer la colonia, situada como estaba en un suelo de los más fértiles, próxima á la mar y á un gran río como el Misisipi; y aumentó todavía más su prosperidad después que se reconoció el curso del Misuri. Finalmente, la Francia cedió á los españoles la Luisiana para indemnizarlos de la pérdida de la Florida que habían abandonado á los ingleses; tratado vergonzoso por el cual dejó de resonar el nombre francés en la América Septentrional.

El antiguo genio de los conquistadores parece haberse limitado hoy á aquellos cultivadores que llaman en la América Septentrional *First-settlers* gente á quien no une á la tierra vínculo alguno. Abierta y cortada una selva la abandonan en breve para buscar otra donde suponen que hay riquezas y mayores placeres. Penetran de nuevo en el desierto imaginándose hallar un clima más sano, una caza más abundante y un suelo más fecundo. Andan algunas veces hasta mil leguas, guiados por esta sola esperanza, abandonándose á la corriente de los ríos en las canoas, ó penetrando entre naciones salvajes ó en los bosques inhospitales, sin llevar más que una manta, una carabina, una hacha, un cuchillo de monte y dos lazos para coger castores. La caza los alimenta en estas largas travesías, y después se instalan en un bosque que quemar y desmontan, ó entre los salvajes á quienes atacan, esterminan y hacen huir.

A estas gentes se debe la primera cultura de Kentucky y del Tennessee, pero apenas empiezan á producir fruto sus fatigas, se marchan para volver hacer lo mismo en otras tierras vírgenes. Después de ellos viene una población más estable que se aprovecha de sus primeros trabajos, estendiendo el cultivo y convierte en casas las chozas. Así es como ha pasado la civilización al otro lado del Misisipi, y como va acercándose el nacimiento del Misuri.

CAPÍTULO XIV

DE LAS AMÉRICAS EN GENERAL.

Cristóbal Colon llegaba á la América en 1492, y cuando en 1525 Diego Rivero volvió del congreso geográfico astronómico, celebrado en Puento de Caya cerca de Ilves, para determinar los límites entre la monarquía española y la portuguesa, estaba ya trazada la configuración de los continentes que contiene este hemisferio al sur y al norte del Ecuador, desde la tierra del Fuego hasta el Labrador; tan cierto es que cuando una generación concibe una esperanza, no da treguas hasta que la realiza. Se continuó enseguida la exploración de la tierra firme y de las islas, de tal modo que su conjunto se conocía mejor que el del antiguo mundo. Sólo en las regiones árticas, donde son eternos los hielos, no pudo llegar la exploración á ser tan precisa: sin embargo, parece cierto están separadas de nuestro continente por canales que serpentean en medio de este archipiélago helado.

La América forma, pues, una inmensa isla desde el 78° de latitud boreal, á que llegó el capitán Ross en 1840, hasta el 55° 58' 30" de latitud austral. Es estrecha en el Sur y luego va ensanchando, hasta que se reduce de pronto hácia la duodécima paralela en un istmo que une esta parte con la del Norte. El mar que la rodea, bajo el nombre de Atlántico por un lado, y de grande Océano ó mar Pacífico por otro, la designa á lo largo de las costas y penetra profundamente en algunos sitios formando los mares mediterráneos de Méjico y de las Antillas, y las bahías de Hudson y de Baffin.

Las salidas y entradas de estos lagos litorales, están cubiertas de una multitud de islas que á veces se agrupan en muchos archipiélagos, algunos de ellos condenados á una esterilidad helada, tal como el de Baffin; otros poblados por la pesca, como el de Terranova, ó favorecidos con todos los dones de la naturaleza como las Lucayas, que

reunidas á las Antillas rodean el golfo de Méjico como una guirnalda de flores. Todavía quedan otras islas incultas y casi desiertas que sirven de asilo á los piratas, esperando la obra civilizadora del hombre.

Por mucho tiempo ha contrariado la navegación de estas aguas un fenómeno singular, cual es la gran corriente ecuatorial llamada *Gulf-Stream*. Partiendo de España, circula al través de las Canarias, desde donde llevaría un buque en trece meses á las costas de Caracas. En diez meses da la vuelta al golfo de Méjico, desde donde se lanza con una rapidez acelerada, en el canal de Bahamá, y al salir de él toma el nombre de corriente de las Floridas. Siguiendo entonces á los Estados-Unidos, llega en dos meses al banco de Terranova, formado probablemente por los depósitos que deja tanto esta corriente como otra que viene del Norte en la dirección del río de San Lorenzo. Desde allí se dirige en sentido inverso, rasando las Azores y Gibraltar, hasta que vuelve á ganar las Canarias después de haber recorrido tres mil leguas en tres años y once meses. En el día está señalada exactamente en las costas, y los marinos la conocen en el calor y en la rapidez de las aguas.

La América está atravesada, en una longitud de cerca de tres mil leguas, por una cadena de montañas, llamadas Cordilleras, según la expresión española, y la cima más elevada de esta cadena es el Chimborazo al Sur del Ecuador. Tiene 6,529 metros de altura, y ha pasado por el pico más gigantesco del globo hasta que se midieron las cimas del Tibet. De ella salen muchas llanuras de una extensión y elevación notables, tanto que el fondo del valle de Quito en los Andes, no está á menos altura que la cima del monte Blanco. La ciudad de Bogotá y los llanos de Méjico, están más elevados

que el convento de San Bernardo; se encuentra en ellas, sin embargo, ricos pastos, muchos ganados, y una atmósfera templada donde el barómetro se mantiene siempre á veinte pulgadas. La elevacion determina el clima, no menos que la latitud, pero en zonas más exactas que en nuestro hemisferio. No se halla en estos sitios la alternativa útil y agradable de las estaciones: las regiones frías están constantemente cubiertas de nieblas, la esterilidad es perpétua, y hiela sin dejarlo en los países cálidos, produce exhalaciones pesadas, el calor sofocante: en los climas templados es el calor uniforme como en las estufas, sin que reinen sucesivamente el invierno y el verano.

Esas alturas gigantescas y los llanos que las separan, procuran á la América la vegetacion más rica y variada, al mismo tiempo que la hacen gozar las más dulces influencias del cielo, bajo la zona tórrida, á lo que también contribuyen los grandes rios que descienden de sus cimas ó se estrechan hácia los trópicos, y la disposicion de sus montañas que dejan correr libremente los vientos del Norte (1).

No faltan también desiertos áridos como los del Africa, especialmente en la mayor parte de la costa occidental del 4° al 30° de latitud Sur: al otro lado de los Andes, se extiende asimismo un desierto de más de trescientas leguas (*la Travesía*) cubierto no de arena, sino de guijarros.

Estos desiertos, en que se encuentran elevadísimas montañas, bosques espesos é inmensos rios que se precipitan en cascadas desde mucha elevacion, separan las tribus entre sí, y mantienen la diversidad de lenguas y costumbres. Algunos de estos rios son de una extension y rapidez desconocidos en nuestro continente, por ejemplo, el Orinoco y el rio de la Plata. El Parana, que se parece al Nilo por sus corrientes periódicas, por su nacimiento próximo á la zona tórrida, por sus cataratas y por sus crecidas regulares que inundan vastas campiñas, lleva más agua, despues de haberse unido con el Paraguay, que cien rios juntos de los más caudalosos de Europa. El rio de las Amazonas, despues de haber recogido en sus rodeos infinitos centenares de rios tributarios, viene á entrar en el mar como un mar nuevo (2). Entre los lagos del Canadá, llamados mares de agua dulce

(1) Según Humboldt, las ciudades en que la temperatura media es más elevada, son: Veracruz de 25° 4 Reamur; la Habana, de 25° 6; Cumana, de 25° 7.

(2) El Misisipi recorre solo.	1,000 leguas.
El Misisipi reunido al Bajo Misisipi.	1,600 »
Y recibe el rio Piatto que recorre.	500 »
— el Ohio.	400 »
— el Arkansas.	450 »
— el rio Colorado.	400 »
Las Amazonas.	1,035 »
El Oregon ó Colombia.	420 »
El Rio de la Plata.	560 »
El Orinoco.	500 »

por los primeros navegantes, se distingue el Superior que tiene de cuatrocientas á quinientas leguas de circunferencia y recibe cuarenta rios. El lago Erie se desagua por el Niágara que se precipita de ciento cuarenta y dos piés de altura, en una extension de mil ochocientos piés y envia sus aguas al pacífico lago Ontario y al de las Mil-Is-las, de donde sale el rio San Lorenzo, que no tiene menos de tres leguas de anchura en su origen, llegando despues á quince y veinte, hasta que por su embocadura derrama en el mar 67,335,700 metros cúbicos de agua por hora. ¿Qué ventajas no podrá obtener la civilizacion cuando haya hecho navegables estos inmensos rios, que reunidos por medio de algunos canales pongan en comunicacion á los países separados por largas distancias?

Una serie inmensa y casi no interrumpida de volcanes, revelan las combustiones interiores, que se manifiestan con harta frecuencia por medio de terremotos desoladores. Apenas existe una ciudad en aquel hemisferio, que no haya sido destruida por lo menos una vez: se elevan nuevas montañas, desaparecen los lagos, cambian de aspecto regiones enteras, y hasta el clima se altera para siempre. La noche del 23 de Enero de 1663, sufrió la América septentrional treinta y dos sacudimientos tan terribles, que se abrieron las puertas, sonaron las campanas, se cuartearon las paredes, fueron arrancados muchos árboles, y se trastornó todo el suelo en un espacio de trescientas leguas: el rio San Lorenzo quedó obstruido por dos colinas que se desplomaron; en otros sitios se rebajaron hasta flor de agua las márgenes del rio, y se encontró allanada una cadena de montañas calcáreas de doscientas millas de longitud (3). Ni una sola persona pereció en medio de un trastorno tan grande.

El 19 de Octubre de 1682, fué destruida la ciudad de Pisco, en el Perú. El mar se retiró media legua, y volviendo despues con rapidez, cubrió un grande espacio de tierra, y arrastró todo lo que halló al paso, incluso los habitantes, que todavía dormían por ser muy temprano. El terremoto de 20 de Octubre de 1687, destruyó completamente á Lima, que volvió á ser destruida por el que principió en 28 de Octubre de 1746, durante el cual se dejaron sentir doscientos sacudimientos en las primeras veinticuatro horas, llegando el número de aquellos á 451 hasta el 24 de Febrero siguiente: sólo un habitante consiguió salvarse.

En el famoso terremoto del 4 de Febrero de 1797, en Riobamba, en la provincia de Quito, la sacudida fué vertical, de modo que los cadáveres fueron lanzados á gran altura, y hasta arrojados á una colina de más de cien piés de elevacion, y obrando al mismo tiempo circularmente, hizo girar las paredes sin derribarlas; encorvó largas filas de árboles; volcó unos sobre otros campos de

(3) CHARLEVOIX, *Historia general de la Nueva Francia*, I, 8.—CLAVIJERO, *Hist. ant. de Méjico*.

diferente cultivo, llevó los muebles de una casa á otra á algunos centenares de metros de distancia (A. HUMBOLDT); en el distrito de Quito fueron sepultados de treinta á cuarenta mil indios; el suelo abierto en muchos puntos arrojó agua sulfurosa y fangosa, y el pico de Sicalpa cayó sobre la ciudad de Riobamba, sepultándola con nueve mil habitantes. El 4 de Febrero de 1799, perecieron en Quito en un instante cuatro mil ciudadanos, y la temperatura que antes se mantenía casi constantemente á cerca de quince grados, es rara la vez que ahora los marca, y hay casos en que baja hasta cuatro. La atmósfera se ha vuelto sombría y nebulosa y los sacudimientos se repiten con frecuencia. Los desastres de Guadalupe (1843) y los del Perú (1867) son demasiado recientes para que nos detengamos á recordarlos.

En 1759, cincuenta leguas al oriente de Méjico y á treinta y seis del mar, en una vasta llanura de riquísimas plantaciones, principió á mugir y bramar el terreno, que despues se levantó y abrió vomitando cenizas y piedras candentes por una gran abertura, y por otra ciento menores, cubriendo el campo en la extension de una legua, y formando el volcan de Jorullo, de quinientos metros de altura con otros seis conos alrededor (4). Generalmente los terremotos van acompañados de truenos ó ruidos subterráneos que se extienden á grandes distancias y que duran mucho tiempo. Tales fueron los de Guanajuato en Méjico, que duraron más de un mes desde el 9 de enero de 1784, y concluyeron sin el más mínimo sacudimiento.

Los vientos, ó como allí dicen, los huracanes, soplan también con extrordinaria furia: arrancan centenares de árboles como si fueran ligeros arbustos, y dejan tras de sí la desolacion y la muerte. En Buenos-Aires, el día 12 de enero de 1793 cayeron treinta y siete rayos; en abril del mismo año, el viento levantó las aguas del Rio de la Plata, tanto, que en el fondo pudieron verse restos de antiquísimos naufragios, y despues de repente el rio volvió á seguir su curso.

La vegetacion es muy variada en América, desde las criptógamas hasta las palmeras, desde el banano hasta el helecho arbóreo de los trópicos. Y tanto cuanto ha variado la naturaleza las especies, tanto más ha diseminado los individuos, lo cual es causa de que en lugar de encontrarse grandes espacios cubiertos de árboles y plantas de una misma especie como en nuestras regiones, se ven mezclados en el mismo suelo los vegetales más diferentes. Lo que imprime un carácter particular á los bosques americanos.

La América no tiene los animales que la Europa, que á su vez no posee tampoco los de América. No se ve allí ninguno de nuestros animales domésticos, ni tampoco el búfalo, la cebrá, la hiena, el

(4) De algunos hundimientos de éstos hemos hablado en el libro I, cap. 2.

chacal, el gallo silvestre, el gato de algalia, la gacela, la gamuza, el cabron silvestre, el macho cabrío, el conejo, el huron, el raton, el topo, el liron, el topo blanco, la marmota, la mangosta, el tejón, la marta cibellina, el elefante, la girafa, el rinoceronte, el león y el armiño; pero en cambio se encuentra el oran-gutan, el chimpancé, todos los gibones, los babinos, las bertricas, pero ninguno de los monos del antiguo mundo se encuentran en el nuevo, y viceversa (5). Lo mismo sucede con respecto á otras razas, aun cuando se les haya aplicado nombres ya conocidos. En América se encontraron el puma, el jaguarondi, el ocelote, la alpaca, el aguti, el puerco de la India, las mofetas y también el tatú, el perezoso, el hormiguero, los gerbos que presentaron un nuevo modo de generacion vivipara, esto es, la de los animales con bolsa. Podría decirse también que en América se encontró otro reino animal paralelo al del antiguo; así en el orden de los paquidermos, á nuestros puercos y jabalies corresponden el pecarí, el tayasu, el tapir; á nuestros gatos el jaguar, el ocelote; el cugar á los tigres, panteras y leones, y á nuestros rumiantes el llama, la alpaca y la vicuña del Perú, que suplian con desventaja la falta de nuestros ganados domésticos.

Los animales son en general en América más pequeños que los nuestros. Nuestro caballo se ha multiplicado en estremo, y en ciertos sitios ha vuelto al estado salvaje. Nuestras cabras, carneros y bueyes les han llevado riquezas mucho más positivas que las que se han obtenido de ellos en Europa. Los castores, muy buscados por su piel, formaron por mucho tiempo la principal riqueza del Canadá, pero en el día casi están esterminados. Serpientes enormes desarrollan sus largas espirales al través de los bosques, donde se columpian en las ramas haciendo oír á lo lejos sus amenazadores cascabeles; y á la orilla de los rios se arrastran grandes tortugas y preciosas nutrias. La naturaleza ha desplegado un lujo particular en los pájaros, desde el gigantesco condor, el catarto real y la harpia de la Guyana, hasta el colibrí, el pájaro-mosca, el flamante, el curucú dorado y otras flores volantes.

Aquellos altsimos troncos, sobre cuya aérea cima ondean al menor suspiro del viento las umbelas y abanicos de las palmeras; aquellas selvas de plantas desconocidas, no violadas aun por el hacha, sino unidas entre sí robustamente por nudosas yerbas y membrosas lianas que reverdecen aun despues de marchitas las raíces como las memorias que sobreviven á las tumbas, merced á los afectos que ligan á los vivos con los muertos; aquellos árboles que suministran á un tiempo mismo comida, bebida, habitacion y vestido, al paso que otros proyectan una sombra que mata, y como

(5) En la América del Sur, se entiende. Algunas razas penetran en la del Norte reciprocamente.

el envidioso se forman un círculo mortífero, dentro del cual no puede vivir el más pequeño arbolito; aquellos insectos gigantes que irreparablemente persiguen las habitaciones, las naves, la persona del colono; aquellos ríos de muchas millas de anchura, que de repente se recogen entre dos rocas ó precipitan su inmenso raudal por montañas; aquel cielo imperturbablemente sereno por una larga estación, mientras que en otra se desgarran en irrefrenables diluvios, todo esto debía herir extraordinariamente la imaginación de los primeros descubridores.

Pero lo que es sobre todo admirable en el cielo austral, son las noches pobladas con las magníficas constelaciones del Aguila, de la Nave de Argos, del Centauro, del Serpentario y de la Cruz, con frecuentes estrellas nebulosas separadas por algunos espacios de un negro sombrío. La luna sale con frecuencia coronada con un ancho arco blanquecino, y con otro más pequeño semejante á un arco iris, separados entre sí por un anillo azul. Venus se muestra algunas veces adornada con diademas por el estilo; y de distancia en distancia atraviesan el cielo anchas bandas coloradas, ó le enrojecen lluvias de estrellas que caen. Después brillan en las tinieblas, como para rivalizar con el firmamento, grandes gusanos de luz, y algunos de ellos despiden tal brillo, que basta para iluminar una habitación; sirven de guía al indio en sus escursiones nocturnas, y brillan en las frentes de las bellas mejas que los diamantes. Reina en todas partes una solemne calma que parece invitar al hombre al descanso, al hombre que fué, por el contrario, á llevar á estos sitios la matanza y la desolación.

Figurémonos, pues, el mundo de entonces, joven y en toda la frescura de sus ilusiones, no oyendo hablar á todas horas más que de flotas que se equipan, de noticias que llegan, de viajeros que regresan, de exploraciones que se emprenden, de resultados sorprendentes, de aventuras estrañas y de maravillosos relatos. Lo acepta todo con curiosidad, y todo se amplifica por las exageraciones de los narradores, lo mismo que por la imaginación de los que los escuchan; es una confusión de ideas religiosas de la época, de supersticiones legadas por la Edad Media, y de dudas científicas suscitadas por la era que comienza. ¡Qué conjunto de ideas nuevas! ¡Qué carrera abierta á la imaginación! ¡Qué de lazos á la credulidad! ¡Cuántos mentís á las doctrinas consideradas como irrefragables!

A la vista del Nuevo Mundo propusieron los primeros navegantes los mismos problemas que atormentan todavía la curiosidad de los doctos. ¿De dónde han venido los americanos? ¿Es una misma la especie humana? ¿Cuándo y cómo se ha desviado del tipo primitivo? ¿Han venido del otro lado del Atlántico las poblaciones, los animales y los vegetales? ¿Cuál es el grado de afinidad entre las lenguas? ¿Qué causa determina los vientos ali-

sios y las corrientes oceánicas? ¿Por qué disminuye el calor en la rápida vertiente de las Cordilleras y en los abismos del Océano? ¿Obran unos sobre otros todos esos volcanes? ¿Debe atribuírseles la causa de los terremotos?

Las cuestiones físicas pertenecen á otras ciencias: aquí sólo nos ocuparemos del estudio del hombre. ¡Pero qué escasos son los materiales en todo lo que le concierne! Los conquistadores imitaron á los romanos destruyendo los caracteres antropológicos de las sociedades indígenas; los misioneros abolieron los recuerdos de la idolatría para inculcar la religión cristiana. La política borró los vestigios de la nacionalidad; los sabios, muy lejos todavía de haber terminado los problemas y los datos propios para resolverlos, se arrastran inciertos en pos de sistemas arbitrarios ú obedecen á una curiosidad dudosa.

Felizmente fueron trascritas y aun impresas muchas cosas sin ser, no obstante, comprendidas. Los archivos españoles se llenaron de cosas curiosas cuyo exámen apenas es permitido. Boturini (6), Acosta y Garcilaso de la Vega recogieron muchas particularidades de que se aprovecharon Clavijero, Kingsborough y Humboldt. Quedan también pinturas históricas compuestas en el siglo XVI por indios convertidos en Tlascalá, Tezcuco, Cholula y Méjico, así como algunos informes oficiales de los vireyes de la Nueva España; actas de la audiencia y contestaciones dadas por los empleados á las preguntas hechas por el Consejo de Indias, cuyos materiales bien empleados podrían ayudar á resolver las cuestiones relativas á la primitiva población y civilización del continente.

¿De dónde vinieron los americanos? Los filósofos del siglo pasado, muy crédulos en todo lo que no era artículo de fe, resolvían muy sencillamente la cuestión diciendo que del mismo modo que hay animales en todas partes, existen también los hombres. Suponer raza indígena y puramente americana, repugna no sólo á las tradiciones bíblicas, sino también al hecho de que las tribus del Nuevo Mundo no tienen un tipo común. Los primeros viajeros, admirados al ver estas semejanzas, como

(6) El caballero milanés, Lorenzo Boturini Bonaducci, probablemente de la Valtelina, fué á estudiar sobre el terreno, la historia de los indígenas de América; pero los españoles le quitaron sus ricas colecciones y le enviaron á Madrid en 1736 como prisionero de Estado. La clemencia soberana lo declaró inocente, sin restituírle, á pesar de todo, el fruto de sus fatigas; así es que sólo pudo publicar el catálogo de lo que había recogido, á la conclusión de su *Ensayo sobre la historia antigua de la Nueva España*. La mayor parte de estos documentos ha perecido en los archivos de España. El arzobispo de Toledo, en cuyas manos cayeron algunos, publicó ciertas pinturas que representaban los tributos pagados por los mejicanos. También se ven de estas escrituras pintadas en la colección de Hakluyt publicada por Purchas, y en el viaje de Gemelli Carreii.

sucede de ordinario, afirman que esceptuando algunas hordas próximas al círculo polar, forman los americanos una raza única que se distinguía solamente por la conformación del cráneo, poca barba, cabellos lácios, un tinte bronceado parecido al color del cobre, cuerpo pequeño y ojos oblongos, cuyo ángulo se elevaba hacia las sienas. Señalaban además en ellos mejillas salientes, labios gruesos, mirada sombría en desacuerdo con la expresión graciosa de la boca. Finalmente, en un espacio tan inmenso como el que separa la Tierra del Fuego del estrecho de Behring, se parecían tanto las fisonomías que, según dice Pedro Cieza de Leon, uno de los conquistadores del Perú, y los dos hermanos Ulloa, que recorrieron una gran parte de la América, parecían los habitantes hijos del mismo padre y de la misma madre.

En fuerza de ser repetida esa opinión adquirió la autoridad de cosa juzgada, pero á medida que fueron mejor conocidos estos pueblos se multiplicaron los motivos de duda. En efecto, aun cuando no se halle en otra parte una raza que tenga el hueso frontal más deprimido y la frente menos saliente, aunque todos los indios pertenecen á los leyotricos, es decir, á los pueblos que tienen el pelo lacio, sin embargo, esceptuando aun los esquimales árticos, ofrecen tanta diferencia en cuanto á la estatura, á la fuerza y al color, como pueden ofrecerla los árabes, los eslavos y los persas.

Pero sea lo que fuere, el capitán Gabriel Lafond, que ha recorrido últimamente con atención el Nuevo Mundo, reduce la raza india á una sola familia, si bien ofrece cuatro variedades muy distintas por resultado de la influencia del clima. La primera es la de los pueblos que habitan el Norte en Unalaska y en la costa Noroeste; éstos se parecen á los de la Tierra del Fuego. Los mejicanos y los chilenos que habitan las llanuras del Norte y las pampas del Sur forman la segunda variedad; los peruanos del Cuzco, Quito y sus inmediaciones, la tercera; la última la compondrán los indios todavía errantes en las Floridas, la Luisiana, el Yucatan, en el territorio de la república de Guatemala, en las orillas del golfo de Darien, del Orinoco, del río de las Amazonas, en Chaco, en las Guyanas, en el interior del Brasil y en los confines del Paraguay.

La variedad de lenguas es también infinita, de tal modo, que en el Paraguay se cuentan cincuenta y cinco; veinte en la Nueva España, de las cuales catorce tienen gramáticas y diccionarios muy abundantes, de modo que no se las puede considerar como dialectos de un mismo idioma, respecto á que difieren más entre sí que el persa del alemán, ó el francés del eslavo (7). Se atribuyen á la América más de dos mil, de las cuales han desaparecido algunas después de la conquista. Sólo

(7) HUMBOLDT, *Estudios sobre la Nueva España*, libro II, 4.

se han recogido de otras varias palabras sueltas, repetidas por los papagayos que habían criado los indígenas, y otras se han conservado entre los escasos restos de las antiguas tribus: finalmente, algunas usadas en otro tiempo en un vasto espacio, sirven todavía de medio de comunicación entre los diferentes pueblos, aun cuando tengan su idioma propio. Así es que las tribus de Chile y de las pampas se entienden por medio del puelche; las del Paraguay y del Chaco oriental con el auxilio del guarano. Los misioneros se esforzaron muchas veces en reunir bajo un solo idioma los pueblos que habían juntado, sobre todo en la América del Sur; pero lograron pocos resultados. Sin embargo, Duponceau, Gickering y Gallatin, grandes filólogos, hallan semejanzas gramaticales aun en donde faltan las verbales.

Los ríos que no se pueden atravesar, los obstáculos de una vegetación espesa, y el calor que, bajo los trópicos hace temible la travesía de las llanuras, interrumpen las comunicaciones, y son causa de esta infinita variedad de lenguas. Agréguese á esto que hasta el día no se ha hecho ningún estudio bastante profundo para poderlas dividir en grupos, ó enlazarlas con los idiomas estinguídos, ni para reconocer el grado de afinidad que se observa en ciertas formas gramaticales, en la modificación de los verbos, y en la multitud de agregados y sub-agregados. A pesar de la variedad que produce el aislamiento de la vida salvaje, hay algunos idiomas de una disposición artificial que anunciaría la cultura y el estudio, si las lenguas estuviesen combinadas por los hombres: algunas que sólo las hablan los salvajes, como la groenlandesa, la cora, la tomanac, la totanac y la chiuca, tienen una riqueza de formas de que solo hay ejemplo en nuestro continente, en el Congo, y entre los vascos, restos de los antiguos cántabros. En casi todas ellas espresan los verbos por medio de inflexiones distintas, cada relación entre el sujeto y la acción ó entre el sujeto y los objetos, y revisten las formas particulares para espresar los pronombres aplicados á cada persona: artificio maravilloso y tanto más admirable, cuanto que es común á idiomas por lo demás muy distintos. Las lenguas del continente americano, aun cuando en general difieren mucho entre sí, en cuanto á los vocabularios, guardan relación en el orden gramatical, y al paso que ofrecen alguna semejanza con nuestros idiomas bajo el primer concepto, difieren enteramente en cuanto al otro. En Nueva España, la lengua otomia, que es la más esparcida después de la azteca, se parece mucho á la china por su composición monosilábica y por sus raíces; pero quién se atrevería á afirmar que se deriva de ésta, cuando aquélla se encuentra completamente aislada en medio del continente americano?

¿Cómo se ha de llegar á decidir si los americanos son de una raza ó de muchas? Las prodigiosas semejanzas entre los etruscos, egipcios, tibetinos y aztecas, aunque tan distantes unos de otros, prue-

ban las emigraciones parciales del Norte y del oriente del Asia. Pero aun cuando se estableciese por induccion el origen de los institutores del pais, éstos habrian encontrado una poblacion anterior, y no habrian bastado para alterar su especie. Aun cuando tambien se haya explicado cómo se encuentran en América, usos y animales de nuestro continente, quedará por resolver la difícil cuestion de saber cómo se encuentran en estas regiones animales particulares, desconocidos anteriormente en nuestro hemisferio.

Si se insiste en preguntar de dónde han venido los americanos, nosotros preguntaremos tambien á nuestra vez, de dónde vinieron, á un mundo que se estudia hace ya tantos siglos, los celtas, los godos y los oscos, y en qué consiste que se habla el vascuense en medio de lenguajes europeos, radicalmente diversos. Hay ciertos problemas que no pueden ser ilustrados mas que por un solo libro.

Nada induce á creer que la América haya salido del mar, después que nuestro mundo, ni que la especie humana haya llegado allí posteriormente: tal vez las comunicaciones de sus primitivos habitantes con las otras razas preceden á los tiempos en que se separaron los mogoles, los indios, los tungusos y los chinos. La América recibió despues en diferentes veces (sin que pueda decirse de qué manera) hombres ilustrados que llevaron la civilizacion á varios centros en que se la encuentra, ora todavia floreciente, ora naciente apenas, ora ya estinguída, sin que se reconozcan las relaciones entre el uno y el otro. En todas partes donde sobrevive alguna tradicion recuérdase la aparicion de extranjeros venidos á educar á los indigenas. Pero si la erudicion arbitraria del siglo xv ha explicado caprichosamente las cuestiones que nos ocupan, la nuestra, á pesar de estar tan adelantada, las deja todavia sin resolver. En esos hombres designados bajo el nombre de Manco-Capac, de Bocica y de Quetzalcoatl, que vinieron con su larga barba y el bordon en la mano, á enseñar la civilizacion, no reconocemos á santo Tomás como los misioneros, ¿pero quiénes eran? ¿De donde venia ese Votan de los chapaneses que lleva el nombre de la divinidad cartaginesa y de la de los escandinavos? ¿Quién habia trazado esos libros que conservaban con veneracion los salvajes del Ucayale, sin entender las palabras que contenian? ¿Cómo habia tantas cruces enterradas y esculpidas en los monumentos? ¿Cómo existia la flor del loto y los clavos del Nilo? ¿Cómo la circuncision y aquellas palabras griegas y fenicias? La erudicion no se atiende en el día, como entonces, á los temas griegos ó hebreos; pero ¿qué contesta en su universalidad actual? En medio de sueños tan diversos, ¿cuáles ofrecen más realidad, los de la puerta de cuerno ó los de la puerta de marfil? ¿Los del monge en el siglo xvi, los del naturalista del siglo xviii, ó los del filósofo del siglo xix?

Los sacerdotes llegados con los primeros europeos que descubrieron estos paises, se admiraron

de hallar entre los mejicanos el recuerdo de una madre de los hombres que pecó; de un gran navio del cual no se salvó más que una familia; de un inmenso edificio erigido por el orgullo de los hombres y anatematizado por los dioses. El uso de bañar á los niños recién nacidos, formar pequeños ídolos con harina y distribuirlos en pequeñas partes al pueblo en el templo; la confesion de los pecados; la secuestracion de los hombres y de las mujeres en especies de conventos; y además la creencia de que la religion habia sido cambiada por santos personajes de blanca tez, y que llevaban una larga barba; todas estas circunstancias reunidas hicieron adoptar la opinion de que en otro tiempo habian llegado allí misioneros cristianos. Si precisamente no se puede desmentir esta suposicion, se debe notar que se han encontrado iguales ideas en los pueblos del Asia meridional, entre los escamanes, entre los budistas, de quienes pueden haberla recibido los mejicanos; derivacion que podría confirmar el dogma de la metempsicosis, comun entre los tlascaltecas.

Encontramos en el Perú las cuatro edades del mundo, dogma fundamental de la teogonia de los indios y de los tibetanos, así como ciertas formas calendarias propias de los mogoles, y otras circunstancias además que indicarian que aquellos legisladores pertenecian al Asia oriental, y fueron de los pueblos que estuvieron en contacto con los tibetanos, con los tártaros escamanes, con los ainos barbudos de las islas de Jeso y de Sagalia. ¿Pero cómo conciliar el budismo, tan lleno de mansedumbre con los ritos sanguinarios? Además, se encuentran en una parte mujeres que depositan á sus hijos en el polvo podrido de la madera, como los tungusos; hombres que arrebataban la cabellera de sus enemigos, como los escitas; Incas que labran la tierra, como los emperadores de la China.

Los hay como Gomara, que hacen proceder de Cananea á los pueblos de América: Adair encuentra en ellos semejanza con las costumbres judias; Huet y Kircher acuden á los egipcios; Campomanes á los cartagineses; Grocio á los noruegos; Guignes y Jones á los hunos y á los tibetanos; Poniel á los japoneses; y todos tienen en parte razon. Pero Humboldt, que no ha recogido con menos cuidado las semejanzas entre los americanos y los asiáticos, concluye emitiendo la opinion de que se separaron desde un principio del resto del mundo, cumpliendo ellos mismos la obra de su civilizacion sobre un fondo comun de tradiciones primitivas. Aun cuando la América no estuviese unida por el Norte con el Asia, ¿qué hubiera impedido á una emigracion tártara ó mongola, saliendo de la Siberia el atravesar el estrecho de Behring? Este sistema que ha prevalecido mucho tiempo, está apoyado además por el hecho de que varias tribus de la Siberia han llegado de aquella manera á América en los tiempos modernos (8). ¿Pero cómo creer

(8) Como los chippeways, *Diario de Mackenzie*, pági-

que las naciones civilizadas de Méjico y el Perú procediesen de hordas salvajes del Nordeste del Asia, ó que las poblaciones salidas de los paises meridionales del Asia hayan atravesado las regiones heladas sin dejar tras sí ningun vestigio? Por otra parte, se ha notado que los malayos navegaban maravillosamente desde un tiempo remoto: se han encontrado pobladas todas las islas del Grande Océano, desde el Asia hasta las islas de Pascua; y numerosos ejemplos han demostrado con qué rapidez pueden multiplicarse un pequeño número de individuos arrojados á una isla por un naufragio.

La dificultad no consiste, pues, en saber cómo ha podido poblarse la América, puesto que ciertamente ha habido varias emigraciones de nuestro hemisferio al otro; pero la historia de aquellos pueblos anterior al descubrimiento permanece en las tinieblas, y sólo aparece que aquellas emigraciones han llevado la civilizacion á aquella parte del mundo, en lugar de destruirla como en la Europa.

El doctor Warden de Boston ha examinado cierto número de cráneos encontrados en la América septentrional, en eminencias que han debido ser construidas hace ocho ó diez siglos para uso del culto ó sepulturas: ahora bien, le han parecido diferentes de los nuestros no menos que de los indios actuales, y hasta de cualquier otra nacion conocida: la frente es más ancha y más elevada que la de los indios de la América del Norte, pero menos que la de los europeos; las órbitas de los ojos son pequeñas y regulares; las mandíbulas prominentes pero menos que las de los indios; el cielo de la boca redondo, las fosas nasales menos dilatadas que las de los indios y de los africanos, y sin embargo más que las de los europeos, con la singularidad de que el occipucio está aplastado artificialmente. Otros cráneos encontrados á más de mil quinientas leguas se han reconocido como pertenecientes á los peruanos antiguos, aunque algo alterados, lo cual hace suponer que existe una afinidad entre aquellas naciones; que la raza del Norte ha sido arrojada por los padres de los septentrionales actuales, y que después de una larga resistencia se ha retirado á la América del Sur, dando allí origen á la nacion que fundó el imperio del Perú.

No debemos omitir el decir que los adornos y los huesos sacados de aquellos túmulos se asemejan á los del Indostan (9). Se ha reconocido tambien gran semejanza entre los japoneses y los pueblos de la llanura de Bogotá: tienen la misma costumbre de vestirse de algodón, cultivar los cereales, vivir en vastas comunidades, sometidos á un rey y á un pontífice; su complicado calendario tiene los mismos ciclos de números y días, así

nas 387, 113, los siús, los osages, los pawni ó panis, *Expedicion*, de Pike, part. 1.^a, pág. 63, part. 11, pág. 9, 14, y otros.

(9) *Mem. enciclopédica*, 1839, lib. 95.

como tambien el período de sesenta años; la letra / les falta igualmente á ambos (10).

Aquella raza americana poco numerosa se extendia á través de ambos hemisferios, desde el grado 68 de latitud Norte hasta el 55 de latitud Sur, habitando en un sitio como á doscientas toesas más elevado que el pico de Tenerife, sin que la cercanía á la línea contribuyese á broncear su tez como acontece en nuestro hemisferio.

El istmo de Panamá divide á la América en dos partes, sin relaciones evidentes de una con otra; la historia presenta, no obstante, analogías en sus revoluciones políticas y religiosas, desde donde comienza la civilizacion de los diferentes pueblos. Una educacion más avanzada se nota en los mejicanos, los peruanos, y los muisquios. Ya hemos visto que los europeos encontraron en Méjico imperios reunidos por un vínculo gerárquico; el principio de una administracion centralizada; el feudalismo establecido por una revolucion reciente; repúblicas independientes y belicosas gobernadas por un patriarcado hereditario; vastas ciudades con perfecta policia; una manera particular de propiedad territorial; un sacerdocio poderoso, rico, organizado; el comercio, la industria, el refinamiento aristocrático, todo esto con costumbres serviles producidas por el despotismo y por una religion sanguinaria. Admiráronse los primeros viajeros al ver los caminos abiertos al través de las Cordilleras, las moles de Cuzco y las pirámides y pinturas de los mejicanos. Nos las han descrito con verdad, pero es de sentir que no nos hayan transmitido por medio del dibujo monumentos que el tiempo ó el fanatismo han destruido después.

El tono declamatorio de Solís y de otros escritores que nunca habian salido de España, desacreditaron las relaciones de los que lo habian visto realmente; y pareció que era mostrarse filósofo el tratar de charlataneria los hechos referidos por Clavijero en la historia de Méjico. Los monumentos de más antigua civilizacion se descubren al Norte de los grandes lagos, donde quizá se detuvieron las poblaciones emigrantes, después de haber perdido sus ganados por efecto del frio, y dejaron gróseros vestigios de su tránsito entre los hielos y los montes de aquellos desiertos. Algunos subieron hácia los hielos del Norte, donde encontraron pieles y peces; otros se esparcieron por los hermosos bosques, y á las orillas de los lagos y de los rios, y los hubo tambien que penetraron en la península meridional, ocupando poco á poco los áridos desiertos, las sábanas cubiertas de yerba, las formidables gargantas de los Andes, las llanuras fangosas y fértiles, los perennes valles, las ásperas y estériles alturas, las soledades salinas, las

(10) PARAVEY ha multiplicado aquellas comparaciones. *Origen único de las cifras y de las letras de todos los pueblos*. Inglés.